

¿Onda retro?

Invitación a cenar

De Egon Wolff

Director: Egon Wolff

Escenografía y ambientación: Edith del Campo

Con Luis Wigdorsky, Loreto Valenzuela, Fernando Castillo,
Jaime Azócar, Solange Lackington, Anita Klesky y Patricia
Bustamante.

Compañía de teatro Teatro, en el T. Apoquindo

Hans Ehrmann

Los estrenos casi simultáneos de *Galileo* e *Invitación a cenar* coinciden en ser montajes tradicionales de obras que, sin ánimo peyorativo, podrían describirse como "a la antigua". La experiencia de ambas indicará cuánta vigencia conservan frente al espectador y además será interesante observar si atraen un público joven como el Gran Circo Teatro, La Troppa o el Teatro del Silencio. O si predomina un público maduro, con nostalgia por lo que se representaba cuando ellos, a su vez, era más jóvenes.

En la *Invitación a cenar* de Egon Wolff hay una primera hora de amena y ágil comedia, apoyada en un buen diálogo del autor y situaciones que cualquiera ha vivido o imaginado. La obra también es el descarnado retrato de tres matrimonios en que los varones decididamente no se lucen y la historia no carece de alguna proyección social.

El atractivo de esta *Invitación* disminuye considerablemente en su último acto. En buena parte por la dirección de Wolff y también porque casi todo el reparto no está a la altura. La naturalidad inicia lugar al artificio y hay momentos en que se conjugan demasiados elementos sin que quede claro hacia dónde se quiere ir.

Lejos lo mejor del espectáculo es la excelente interpretación de Luis Wigdorsky como Méndez. Aprovechó muy bien la oportunidad que la obra le da para progresivamente revelar nuevas y normalmente reprimidas características de un complejo personaje. En cambio Fernando Castillo, aunque capte muy bien las características serviles y viscosas de *Juan Carlos*, no tiene apoyo en un texto demasiado reiterativo que por fuerza lo limita sobre el escenario y también complica la labor de Solange Lackington como *Elena*, su pareja. La actriz no logró un personaje consistente que hiciera creíble su aporte clave hacia el final de la obra.

Jaime Azócar (*Gustavo*), como en otras ocasiones, es igual a sí mismo, pero Loreto Valenzuela (su esposa) fue un personaje vital y creíble, cosa que no se puede decir de Anita Klesky, poco convincente y sobreactuada como la mujer de Méndez. En cuanto a la hija de los dueños de casa, más parece un pretexto para desencadenar algunos eventos del último acto.

Como primer intento de montar una obra, la labor de Wolff puede ser respetable, pero le hizo falta la mano de un director como Eugenio Guzmán, que seguramente le habría ayudado a reescribir o solucionar los aspectos endebles de una obra que, en parte, tiene el mérito nada despreciable de la amenidad.